

La construcción del personaje

Caracterización: praxis

'Orfeo trovador cansado' (1970).
Giorgio de Chirico.

A menudo, de las novelas olvidamos el argumento en beneficio del clima y a veces retenemos detalles puntuales de poca monta. Así, de entre lo último que he leído, de 'La desaparición del paisaje' del boliviano Barrientos me siguen rondando la cabeza los inquietantes trannys, que aparecen de manera esporádica al final de la trama, unos individuos que se operan la cara repetidamente, se hacen implantes y cirugía facial hasta convertirse en sosias de las celebrities que veneran. Y de 'Asán', del ruso Makanin, los terroríficos zidanes, agujeros que excavan en el suelo los guerrilleros chechenos para mantener secuestradas allí a sus víctimas mientras negocian un rescate por ellas.

Ahora, lo que permanece casi siempre de las novelas en la memoria son los personajes, si son redondos, como se denomina a aquellos que conforman un modelo profundo y conseguido, baste señalar como breve muestrario, sólo por el lado femenino, a Emma Bovary, a su pariente de la parte de Oviedo Ana Ozores o a Ana Karenina.

Precisamente la narrativa realista rusa, además de Tolstói, con ese sesgo espiritual que ahonda en la interioridad de los personajes con maestría es el vivo ejemplo de lo anterior. Y es algo aplicable a 'Los millones' de Mijáil Artsybáshev, autor finisecular algo posterior a los genios del realismo, editado de manera exquisita por Ardicia, sello que no conocía, pero que se une al puñado de empresas hartas encomiables que es-

UN ÁNGULO
ME BASTA

FERMÍN HERRERO



Ahora, lo que permanece casi siempre de las novelas en la memoria son los personajes

tán publicando con una calidad y cuidado de los que todo lo que se diga es poco, y máxime en estos tiempos, narrativa desconocida por estos lares y que merece la pena frecuentar. Algunos pasajes de la novela tienen visos, con su engañosa levedad, de los grandes maestros decimonónicos, sobre todo, me parece, de Turgueniev o Chejov, pero también del autor de 'Guerra y paz', que parece ser que admiraba mucho 'Sanin', la obra de mayor repercusión de M. Artsybáshev.

De hecho, el autor adopta la tercera persona omnisciente para acercarse a un personaje tan complejo y problemático como Mizhúyev, pese a su arrogancia de clase, representante genuino de la melancolía rusa, tan parecida a la nuestra, tan emotiva para mí. Proclive a ausentarse, a ensimismarse, a atormentarse consigo mismo, con algo de la desazón, el spleen y el 'tedium vitae' de la época, aunque no de raíz bohemia sino procedente de la abulia y el hastío que provoca el dinero fácil, es una personalidad interesantísima, de rica vida interior y de una sensibilidad auténtica, temeraria, que se muestran gracias a las sutiles matizaciones de sus sentimientos y sus pensamientos que, al probarse a sí mismo, burila con acierto el novelista. Y qué decir de su antagonista, Maria Serguéyevna, sensual e inestable, caprichosa y frágil, liviana y rotunda, encantadora y difícil. Todo un carácter que casi eclipsa a su millonario amante. La finura psicológica de Artsybáshev al inmiscuirse, con un pudor ejemplar, en los

adentros de ambos y del resto de caracteres –el frío hermano negociante recién enamorado, una sensible adolescente sin desbravar, escritores famosos o venidos a menos...–, que jamás cae en el maniqueísmo, conmueve por su tierno rigor, no exento de una mirada comprensiva hacia las debilidades del ser humano.

Lo mismo que su facilidad para articular, como quien no quiere la cosa, diálogos completamente creíbles, me suele maravillar en las novelas inglesas, hasta en las más ligeras e incluso frívolas, que los autores, por menores que sean, tengan una capacidad innata para levantar caracteres de una pieza. Así sucede en 'La vida soñada de Rachel Waring' (Impedimenta) de Stephen Benatar. La protagonista, casi siempre desde la primera persona narrativa, se configura, al modo de los tipos dramáticos, a partir de sus actos y desvarios y a través de las conversaciones que entabla. Londinense hasta la médula, cuarenta y siete años, once de ellos en el departamento de venta por correo de una empresa, virgen y solterona, sosa e insegura, recibe en herencia la casa de una tía en Bristol, lo que desencadena sus sueños nocturnos y los diurnos, pronto enfocados hacia la ficción como alivio y necesidad frente al anodino y castrante transcurso de lo cotidiano, que lo ficticio invade y anula, con el peligro subsiguiente. Todos deberíamos tener, como ella, una segunda oportunidad, una primavera renovada, pero a qué precio.

De una novela que conclu-



ye: «-¡Qué bobada, queridos! ¡Hay que joderse!» puede esperarse lo mejor. Y la de S. Benatar cumple estas expectativas, sobre todo por la parte british, en el humor de media sonrisa atravesado de ironía, a veces desafortado, como en la descripción de la oportunidad perdida por Rachel debido al gatillazo en un coche, o en los fragmentos de canciones populares y de poemas –como el de Burns de

donde tomó el título Salinger para 'El guardián entre el centeno'– que se intercalan. Es muy british hasta en la semblanza de solapa de este escritor tardío, «profesor de inglés en Francia, vendedor de paraguas y portero de hotel», cómo no, que «tiene cuatro hijos y actualmente vive en Londres, con su compañero el diseñador gráfico John F. Murphy». Toma ya, propiamente el típico perro verde